



EL AMIGO EXTRANJERO



EL AMIGO EXTRANJERO



A amistad con los extranjeros tiene muchas de las dificultades que presentan las amistades entre compatriotas de diversas provincias.

Precisa es una facultad particular del alma, que no es muy frecuente, para sentir vivamente esta amistad.

Un amigo mio—el más querido de mis amigos del otro lado de los Alpes—la definía elocuentemente con su hablar ardiente y precipitado: el sentimiento poético de las cosas extranjeras, una simpatía vaga y viva hacia todo lo que está lejos y es distinto de nosotros, una espontánea benevolencia, mezcla de curiosidad, de respeto y de no sé qué admiración inconsciente hacia aquellos que han nacido bajo otro cielo y que hablan otra lengua: una tendencia á ver

detrás de cada extranjero, como en vasto cuadro disolvente, lugares, personajes, imágenes de sucesos antiguos y recientes, mil cosas reales ó fantásticas de su país y á confundir los sentimientos que estos nos inspiran con los que nos inspira su persona, como si fuese la imagen viviente de su propia patria... ¿Qué se yó? añadía: en el afecto que tengo por un amigo de Copenhague entra la imagen de Hamlet y la forma extraña del archipiélago de Dinamarca; yo digo: un sueco amigo mio, con cierta complacencia de amor propio,—como diría mi amigo Andersen:—y entre dos amigos igualmente simpáticos, es mi predilecto aquel por cuyas venas corre sangre de otra raza.



Es la diversidad del idioma—decía también—lo que me liga al amigo extranjero.

Y yo le decía á él la misma cosa.

—Hablándote en tu lengua la aprendo de tí; para mí posees un tesoro que no hallo en ningun otro amigo de mi país; tienes sobre mí una superioridad que no es mérito tuyo, pero que tiene mi espíritu en un estado de sujecion que te engrandece á mis ojos: el esfuerzo de atencion que haces para adivinar mi pensamiento á través de la imperfecta frase, y la palabra con que me ayudas á completar la expresion de mi sentimiento, me hacen el efecto de un acto delicadísimo de nobleza, por el cual debo estarte agradecido; y me parece como que viene de tí la satisfaccion de amor propio que experimento las veces en que logro decir con claridad lo que quiero decir. Nuestra amistad gana algo de esta manera todos los días, porque en cada uno de ellos quito un sutilísimo hilo al ligero velo que estiende entre tu mente y la mia.

La misma exaltación que me produce el no poder expresar mis sentimientos por entero, los vigoriza; hablando contigo trabajo más intensamente con el pensamiento que hablando con otro; tu amistad me hace combatir, cansarme y gozar la satisfacción de vencer: por eso me es doblemente amable.

No eres para mí un amigo tan solo: eres un maestro—eres la palabra de un pueblo—y tu amistad, es como un espejo que refleja un mundo.

*
* *

Durante muchas horas, paseando por las alamedas de un jardín grandísimo, oscuro todo por la niebla, él me ha hablado en mi lengua, penosamente, sin alterar casi la pronunciación del idioma patrio; y aquel italiano duro é ingenuo, mezcla á la vez de violencias de reglas gramaticales y reminiscencias de los clásicos, aquellos períodos fatigosos de las cuales las junturas crujían y las frases finales caían fuera como fragmentos,—me hacían un efecto gratísimo—allí abajo á aquella gran distancia de mi país.

Ha dicho bien otro amigo mio extranjero: el estudio de un idioma es casi un rejuvenecer de la inteligencia y del ánimo, una segunda educación la cual nos hace sentir otra vez las contrariedades y los placeres de nuestros años primeros.

A través de aquel lenguaje manco é impropio no comprendía claramente siempre su pensamiento, pero la falta absoluta que había en su discurso de todo artificio de orador y artista, me dejaba apreciar

mejor el fondo de su hermosa y afectuosa naturaleza.

Ninguna palabra gallarda hubiera acertado á ser más grata que la mirada incierta que me dirigía á cada solecismo que salía de su boca.

Variando de idioma parecía tener veinte años menos: yo envejecía, y él resultaba con la timidez del muchacho.

Era un nuevo amigo el que tenía á mi lado en aquel momento; un nuevo amigo con el cual me parecía que estaba en el deber de portarme con más nobleza que con el viejo, como si al balbucear mi idioma, él fuese huésped mio y pupilo de mi patria: el gesto de desanimación profunda que hacía cuando se le escapaba el sentido de mi discurso demasiado rápido y cuajado artificialmente de palabras poco usadas, despertaba en mí un sentimiento de viva ternura hacia él, una necesidad de hacerle hablar otra vez en su lengua, para que se alzase sobre mí y se desquitase de la breve sujeción en que le había tenido.

Y volvía á hablar en su idioma, pero descontento, moviendo la cabeza con incredulidad y tristeza sus respuestas á los cumplimientos que le dirigía por el modo con que había hablado mi patrio idioma.



El amaba á nuestro país apasionadamente por simpatía natural y por efecto de su educación. Había estado en él más veces, y su bondad jovial, fielmente reflejada en su ancho rostro de hombre honrado le había hecho encontrar agrado y cortesía en todas partes.

Al escuchar solamente el nombre de nuestras grandes ciudades, parecía recibir en su frente un soplo del aura primaveral: veía, oía, soñaba en un solo instante mil cosas, y pedía noticias de objetos y lugares con la sonrisa y el tono de voz con que se piden noticias de una antigua amante.

Yo comprendía demasiado que era deudor á mi país de una gran parte del afecto que me demostraba, por lo que me sentía herido en mi orgullo alguna vez: me parecía no hacer más que el oficio de un representante, con él, y que de cada palabra afectuosa suya debiera guardar para mí una sola sílaba y enviar las demás á Santa Croce.

Pero amaba á la jóven Italia; á la legión de artistas vivientes, á los batallones de verdes penachos, á nuestro pueblo, á nuestros niños, á nuestras esperanzas y tenía este amor, no solo en la cabeza, sino en la sangre tambien.

Todo lo que podía hallar de grato para mi amor de patria en las reminiscencias de sus estudios ó en los juicios de sus compatriotas me lo repetía en mil formas con una gran naturalidad,—que era un arte profundo y noble—casi el descuido—y con más delicadeza de palabras cuando se imaginaba que dirigía miradas de aburrimiento y cansancio á la multitud que hormigueaba alrededor.

Y cuando le agradecía con mil palabras aquel cariñoso afecto de hermano con el cual me hacía sentir continuamente el calor de mi lejana patria, me miraba con expresion de estupor—de fingido estupor, porque bien veía el por qué de mi gratitud—con una mirada tan curiosa de sus fijos ojos y en su boca abierta una expresion ingénua de—No comprendo—tan risueña y tan amable, que me veía obligado á darle las gracias riendo tambien de aquella ficcion.

*
*
*

Y sin embargo, aun en medio de aquellas demostraciones de sincerísimas benevolencia, algunas veces se presentaba en mi alma un sentimiento que le hubiese afligido si lo hubiera adivinado.

Es inútil: en el extranjero y más aún en el extranjero vecino vemos siempre la vaga imágen del invasor.

Hallamos el fantasma del "bárbaro" hasta en el amigo.

De improviso, pasando por una grande y populosa calle un soldado que encontraba cara á cara era el resorte para mover mi fantasía: veía á mi amigo mezclarse entre la multitud, ésta formarse en columna, los carruajes convertirse en carros de artillería, la calle en un valle sombrío y toda aquella mugiente multitud penetrar en Italia por aquel valle...

Es una vision momentánea; pero tan distinta, que despues de pasada, aun creía ver por un ins-

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO RIVERA"
Apto. 1023 MONTREY, MEXICO

tante sobre el rostro de mi amigo la máscara de un enemigo—un semblante frío y siniestro—tan doloroso de ver como el trastornado rostro de un muerto de nuestra familia.

Y repetía tristemente para mí:

—¡Y sin embargo, esto es posible!

*
* *

Pero bastaba una sola palabra suya para ahuyentar todos aquellos pensamientos, una de aquellas palabras italianas que pronunciaba á despecho de todos los músculos de su cara.

Charlando, charlando, nos maravillábamos muy á menudo los dos de ver la ciudad iluminada: la noche nos había cogido de improviso sobre la cima del Vesubio ó de la isla de Lipari,—bajo un sol radiante—contemplando un hermosísimo mar azul, que le hacía hablar agitado, con un movimiento rápido y contínuo de la mano, como el de un pintor loco que arrojase con furiosa alegría puñados de color sobre una tela.

Entónces me acompañaba á casa, hasta arriba á un pequeño gabinete bajo y oscuro que daba á una solitaria calle.

El experimentaba una extraña impresion entre aquellas curto paredes. La habitacion parecía verdaderamente la cueva de un conspirador.

Pero su fantasía viva de artista, y su amor poético hacía la revolución de Italia, le hacía ver cien fantasmas á la incierta luz del hogar, en medio de aquellos viejos muebles de alquiler: Mazzini en la cama, adormecido: Jacobo Ruffini á la cabecera, Montanelli á la mesa, Mayer á la ventana; carta de Cavaignac sobre la cómoda; pistolas sobre las sillas; y estaba sentado durante largo tiempo con los brazos cruzados, mirando á su alrededor con curiosidad, ó fijando los ojos entornados en una pared, absorto en una imaginación confusa de conjuras, barricadas y patíbulos, de la cual volvía poco á poco algo conmovido, para decirme que habíamos reconquistado la patria y en ello mostrado al mundo que teníamos un temple como de bronce, hermosas y terribles almas de menospreciadores de la vida.

*
* *

Había hecho él muchas observaciones sobre los escollos que presentan las amistades con los extranjeros.

Era un agradable asunto de conversacion, entre nosotros, que nos teníamos por limpios de todos los defectos que crean asperezas.

A algunos tipos los habíamos conocido los dos.

Uno, por ejemplo, es el amigo lleno de nobleza y simpático, con el cual no hay medio de entenderse; que sabe únicamente treinta palabras de nuestra lengua, con las que se ingénia para decirlo todo, en conversaciones interrumpidas por largos intervalos de silencio, obligado á menudo á elaborar una frase incomprensible: un buen amigo que nos podría decir mil cosas y se ve obligado á hacerlas comprender con las manos y los ojos, y rabia y se atormenta, hasta que callamos los dos, desesperados, cobrando nuevas fuerzas para comenzar de nuevo á sudar y combatir.

Por lo demás, es un amigo que deja mejor recuerdo de sí que aquel que lo dice todo, porque siempre imaginamos más bello lo que quería decirnos, que aquello que es verdaderamente lo que diría.

Otro es el amigo filólogo, que se halla entre nosotros para estudiar la lengua; el cual no os considera como un hombre, sino como un vocabulario viviente, el cual os hojea de la mañana á la noche sin cuidarse de lo demás, tomando apuntes, dirigiéndoos preguntas, queriendo á toda costa que vuestro lenguaje responda á ciertas teorías suyas preconcebidas, conjugándoos verbos al oído en el palco del teatro: una hermosa cabeza de amigo, que os escribe desde su país para ejercicio del estilo, y deja enfriar su amistad cuando es dueño de la gramática.

Otro es el amigo censor, paternalmente solícito del porvenir de vuestra nación, el cual comienza cada discurso con una advertencia útil:

—Una virtud que falta á vuestro país....

—La sola cosa en que os sobrepujamos....

—El defecto principal de que deberíais corregiros....

—Un vituperio que no podeis negar que es muy merecido....—

Y así en aumento mientras que tengais paciencia.

Y tambien un tipo ameno es el amigo que despues

de haber pasado un año entre vosotros, entusiasmado con vuestra patria, y festejado por todos, vuelve á su casa, é imprime un opúsculo, en el cual os trata á todos de bribones é ignorantes....

Pero el más bufo en su impertinencia es aun el que él me decía: un amigo que adora á vuestro país por las amorosas dulzuras que en él ha encontrado, y os la refiere ingénuamente, dándoos golpecitos en la espalda en señal de gratitud....

*
* *

Era una gran satisfacción para nosotros el filosofar sobre nuestros defectos nacionales, tratando con palabras amigables y tranquilas asuntos, sobre los cuales tantas gentes no pueden cambiar cuatro sílabas sin perder el juicio; y buscar juntos los lejanos orígenes de nuestras diferencias, ayudándonos mutuamente como hubiéramos hecho para comparar dos traducciones distintas de un mismo libro.

Mientras él discurría á través de la historia de los siglos, yo fantaseaba á veces, observando los rasgos severos, casi diré antiguos, de su rostro, de qué cadena extraña podía ser él el último eslabon, y remontándome á los tiempos que he indicado, me lo imaginaba confusamente como un melenudo mayordomo de la córte merovingia, como un rudo caballero normando del reinado de Cárlos el Simple, como un desgrefiado y pálido mercader perseguido por las calles de Palermo al toque de las vísperas, y como un barbudo secretario de Cárlos VIII, y un

gran oficial cubierto de plumas envuelto en el humo de la artillería de Marignano, y un viejo gentil-hombre hugonote tendido en medio de la calle, con la gorguera ensangrentada en la noche de San Bartolomé; y volviendo hácia mí las mismas imaginaciones, me preguntaba si nuestras dos cadenas no podían haberse unido en el pasado, y si nuestra amistad era el primero y comun eslabon, ó si algun otro las habia unido en el trascurso de los siglos; y al pensar lo que era nuestro casual encuentro, nuestro afecto de un instante en la inmensidad del tiempo y vicisitudes del mundo, brotaban en mí sensaciones poéticas que no sabfa explicarme, y apretaba el brazo de mi amigo, repitiéndome su nombre con una especie de maravilla.

*
* *

Algunas veces hablábamos de la posibilidad de una guerra entre nuestros mútuos países.

Esta conversacion le enojaba.

Pero cuando le preguntaba si en caso tai, romperíamos nuestra amistad, se tranquilizaba y sin sonreír decía resueltamente:

—¿Por qué entonces? Es imposible. La libertad del corazon es el más sagrado de los derechos humanos. Para mí tú siempre estarás separado de tu patria. Podrás hasta pelear con nosotros en el corazon de mi país, y me parecerá que aquel soldado no es tu verdadero *yo* para mí,—sino un italiano cualquiera, uno de los trescientos mil fusiles de tu ejército— y que el verdadero *tu*, mi amigo, continuaba viéndole aqui con el pensamiento, por estas calles como ahora te veo, ó allá abajo en tu ciudad, en aquella habitacioncita tranquila, donde te ví la primera vez y donde me escribistes tantas cartas llenas de afecto. Seríamos brutos y no hombres civilizados, si no su-

piéramos conservar nuestra amistad con los extranjeros por encima de la pasiones que empujan á los pueblos el uno contra el otro. Hágase lo que se haga, el más grande ideal de los hombres, irresistiblemente adorado, en secreto, hasta por el que le rechaza y le burla, es el ideal de una humanidad sin patria. El día en que me persuadiera á que la pasion patriótica podía herir una amistad como la nuestra, sería de inmenso desconsuelo para mí, porque entonces debería reconocer que el ideal es una esperanza de locos y que los pueblos están destinados á odiarse y destrozarse hasta la consumacion de los siglos. Pero estoy bien seguro de mi corazon.

Y hasta en la noche que le dije adios á la ventanilla del tren, en aquellos momentos en que dos personas que deben separarse se sienten ya tan lejanas me repitió aquellas palabras estrechándome la mano.

—No, querido amigo, es imposible. En nuestra amistad, somos ciudadanos de un mundo ideal, al que no llegan gritos de muerte ni cañonazos. Aunque corriese entre nosotros un torrente de sangre, desde una ribera á la otra, aun nos enviaríamos un saludo triste y afectuoso al par. Lleva un buen presagio de mi parte á tu país.

*
* *

¡Qué hermoso período se sucedió entonces para nuestra amistad!

Vueltos á la patria, se vive aun por algun tiempo en país extranjero, el pensamiento vuela con rapidez hácia aquellos amigos, embellecidos repentinamente por la distancia, y el recuerdo es tan vivo todavía, que los ojos parecen verlos.

Durante muchos días se experimenta la necesidad de saber á menudo de aquellas gentes y de fingiros con las cartas la ilusión de que aun estamos allí.

—Y bien, ¿qué haces desde mi marcha? ¿Cómo empleas las horas que me dedicabas? ¿Has visto á este, has visto al otro, has vuelto á tal ó cual parte, continúas pasando todas las mañanas por aquella calle, te acuerdas de esto, de aquello, en qué piensas, qué te ha sucedido, cuándo nos veremos?

Y sus constantes cartas, llenas de vida, respondían á cien preguntas, referían la crónica de su viaje, describían el encuentro con un comun amigo, me

transportaba al rincón de aquel cuartito donde habíamos pasado juntos tantas horas, ponían delante de mis ojos aspectos de calles larguísimas, me hacían oír el alegre tumulto de la enorme ciudad; eran la continuación de conversaciones que no habíamos tenido tiempo de acabar, expresiones de sentimientos que no hubiéramos osado decir de palabra, páginas escritas con el corazón, llenas de nobleza y discreción, en los cuales sonaba su voz y se veía su rostro; palabras tan juvenilmente afectuosas, tan hermosas, tan caras al corazón del amigo y del italiano, que me hacían tomar con viveza la pluma, y escribir afanosamente, conmovido el corazón, pronunciando en voz baja y acentuando con movimientos de cabeza las palabras que escribía:

—¡Querido y bueno E***!

¡Cuán léjos estábamos de sospechar entonces que pocos días después se vería puesta á peligrosísima prueba nuestra amistad!